



*La trilla. Oleo sobre tabla, 1967. Museo Antonio Padrón, Gáldar.*

## LA CANARIEDAD EN LA PINTURA DE ANTONIO PADRON

Basta una ligera mirada a la obra para encontrar el más completo inventario de esas cosas familiares y entrañables que certifican en primera instancia, por su sola presencia, el profundo amor, el hondo sentimiento que Antonio Padrón demuestra por todo aquello que de algún modo es floración de nuestras raíces.

El trillo, el rostro curtido del campesino, la empinada geografía, las aguadoras, la flora... Y, él mismo, en el patio de su casona de Gáldar, solazándose entre sus enseres, su gente, el horizonte local y todo lo que significa ese lado del ensimismamiento canario bajo un clima propicio a la contemplación y el disfrute de la tarde conversadora.

Pero, hay mucho más. Pocas, poquísimas veces nos podemos permitir el lujo en nuestra pintura de practicar la delicada operación de abstraer, desnudarla de su vestimenta folklórico-sentimental, sin que por ello disminuya su altura estética. ¿Cuántas obras y actitudes personales resistirán este tratamiento?

Es propicia la figura de Antonio Padrón, su obra y su actitud humana, para tocar el tema de la canariedad en sus dos dimensiones: la atención a nuestro tipismo, con su incuestionable validez, aunque en alguna ocasión se convierta en cómoda posición con horizontes poco exigentes, y, por el otro lado, esa dimensión de apertura e impulsos universalistas.

Porque, Antonio Padrón, conjuga magistralmente la esencia del regionalismo más puro, la preocupación por la autóctona manera de ver las cosas con esa otra condición de más amplias coordenadas. No hace falta decir, que es, precisamente, por esta última categoría, por el sentido, por la vocación ecuménica por dónde este pintor canario alcanza, como Néstor, Aguiar, Domínguez, Millares, ...su más sólido prestigio.

Lázaro Santana, señala que nuestros mejores artistas en algún momento refrescan referencias formales de los pocos vestigios culturales de aquella gente de la preconquista. Todos, naturalmente, compartimos este sentimiento de vinculación hacia unos hombres que un día sufrieron en sus venas un profundo trasvase, no sin dejar sentado su recio espíritu de independencia y su heroísmo, un día, digo, cuando aparecieron otras gentes por los siete horizontes.

Pero, también, nos seduce la idea de estar emparentados con emigrantes, soldados de fortuna, comerciantes, piratas y conquistadores que salieron de sus pueblos castellanos, andaluces, portugueses, franceses o ingleses, para dejar su aliento de aventura fundido para siempre con aquella otra actitud indígena, conformando así, y con el tiempo, nuestra idiosincrasia.

Antonio Padrón, puede servir de sinopsis. En él encontramos en perfecta ejemplaridad la condición nuestra que puede practicar el regusto por la cosa próxima y entrañable, la complacencia del entorno localista con el espíritu que se dispara hacia niveles mayores de comunicación y entendimiento.

Nuestros hombres más preclaros proclaman esta ambivalencia. Y, así lo confirma nuestro artista, con claridad y sencillez, con llaneza de gran señor, al ofrecer el juego magnífico entre una estética regionalista y una estética de contenido cosmogónico.

Cuando declara que "las cosas se detienen a su alrededor, para de este modo desarrollar su realidad hasta rozar la abstracción" parece disculparse, como si se justificara por no dejarse llevar hacia una ambientación naturalista en sus composiciones, algo que presumía, acaso, podía cerrar la ocasión de su más profunda aventura pictórica.

La importancia que imprime a sus elementos exige, como recuerda Pierre Francastel, que las cosas se conviertan en signos, se heraldicen en medio de un espacio reducido a una bidimensionalidad, donde van a adqui-

rir significación preponderante y el grafismo neto, la imagen exenta sea vehículo de presupuestos transcendentales.

En efecto, los elementos que maneja con profusión en su obra, luego de un sabio, metódico y exhaustivo tratamiento, digamos, de una evidente purificación, despojados de cualquier atributo menor, esquematizados, pasan a ser piezas de un juego de mayor envergadura que se desenvuelve en un campo pictórico a manera de tablero de ajedrez.



*El niño enfermo. Oleo sobre tabla, 1968. Museo Antonio Padrón, Gáldar.*

Entonces, en cuanto comienza la creación de un orden, una teoría, una arquitectura, entonces es cuando Antonio Padrón, en sus soledades, con las manos llenas de seres limpios, dicta, sin perder su deje canario, una filosofía, y, aquí, no hay equívocos para el espectador, cada cuadro es una clarísima muestra de su planteamiento constructivista.

Una preferencia por el ordenamiento a ultranza subyace siempre en su labor. Algo que llega a su plenitud, y que, más tarde, en sus últimos años de vida, en la última producción, deja aflorar el estremecimiento expresionista, liberando la pincelada, fortaleciendo el gesto que comienza a imprimir ritmos de mayor dinamismo.

Es emocionante pensar que la obra de este hombre, desde su canariedad recoleta alcanza su canariedad abierta. Que, desde su vida de muros adentro, siempre tuvo buen cuidado de dejar la ventana entornada hacia las más hondas y dramáticas inquietudes de la condición humana.

"Las cosas se detienen...", nos dice. Naturalmente, las cosas se detienen cuando uno quiere detenerse. Y, uno se para, deja de acompañar al tiempo a su paso por las cosas, por el mundo fenoménico, cuando necesita recapacitar, construir una realidad concreta como un cuadro, que pueda ser sugerencia o aportación a esa eterna cuestión, como diría Tierno Galván, de la especie.

Un equilibrio riguroso sostiene el andamiaje de su plástica. Trasunto, sin duda, del exacto equilibrio entre una comprensión de la vida y un trabajo de comunicación. Donde el interés por el crecimiento de la planta que cultiva con cariño infinito no impide que, allí mismo, en esa misma tierra del solar familiar, sin trasplantes exóticos, se levante robusta su pintura.

Porque, Antonio Padrón, no se dejó tentar, aunque en ocasiones practique el informalismo en boga, por los muchos ismos que pululan en torno a su paleta y a los que pudo haber sacado extraordinarios resultados dado su gran dominio del oficio y su fina sensibilidad.

No, él hizo su pintura. Ese es el riesgo de los grandes pintores: hacer su pintura. Que resulta, luego, que es la pintura de todos, que todos entienden, y que a todos les dice algo importante, cuando el talento acompaña a la aventura —aventura como sinónimo de arte— entonces, tenemos un feliz resultado.

Hay un término que podría definir la semblanza de Antonio Padrón: la claridad. "Yo amo el orden porque amo apasionadamente la claridad". Son palabras que recuerdo de Puvis de Chavannes. Naturalmente, no pensó al pronunciarlas que años más tarde, otro pintor las volvería a repetir para siempre en sus cuadros.

**PEDRO GONZALEZ**